LA HIJA QUE NO EXISTÍA

Natalie C. Anderson

CROSS BOOKS

LA HIJA QUE NO EXISTÍA

Natalie C. Anderson

Traducción de Zulema Couso

CROSS BOOKS

CROSSBOOKS, 2018
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *City of Saints & Thieves*
© del texto: Natalie C. Anderson, 2017
© de la traducción, Zulema Couso, 2018
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2018
ISBN: 978-84-08-18791-2
Depósito legal: B. 7.717-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Si vas a ser una ladrona, lo primero que tienes que saber es que no existes.

Pero tienes que saberlo de verdad. Tienes que interiorizarlo, hacerlo parte de ti. Eso me lo enseñó Bug Eye. Porque, si existes, cualquiera en cualquier momento puede clavar los ojos en ti, sospechar y preguntarse quién eres. Y entonces también querrá saber quién te ha dado permiso para ir por ahí tú sola. Dónde vas a dormir esa noche. Si vas a dormir esa noche.

Si existes, no puedes escurrirte entre una masa compacta de cuerpos, entre brazos y hombros cálidos que huelen a trabajo y jabón. No puedes tomarte tu tiempo para elegir: una señora de grandes dimensiones vestida de rosa y oro. No puedes chocar contra ella y dar media vuelta con su monedero escondido en los pantalones. Si existes, no puedes expulsar todo el aire de tu cuerpo y colarte entre los barrotes de una ventana. El suelo de madera cruje bajo tus pies. Tu sudor huele demasiado fuerte.

Si existes.

Que no es mi caso.

Yo soy la mejor ladrona de esta ciudad.
No existo.

En el rato que llevo sentada bajo este mango he aplastado siete mosquitos. Siento la calidez de mi sangre entre los dedos. He perdido la cuenta de las picaduras que tengo. Las hormigas están explorando mis partes bajas. Pero la hermana Gladys no se ha dormido todavía, pobre.

La veo a través de la ventana, bañada por la luz del televisor de la sala común. La cara le brilla con un tono azul y la barriga le tiembla de la risa. Tiene los pies apoyados en un taburete, con los dedos doblados en ángulos extraños, como los cuernos de un antílope. Me pregunto qué estará viendo, relajada ahora que todos los estudiantes duermen. ¿Una reposición de *El príncipe de Bel Air*? ¿*Churchill Raw*? ¿Por qué a las monjas les hace tanta gracia ese programa?

Miro la hora en el móvil y pienso que tal vez debería regresar mañana para mangar ese antiguo televisor de una vez por todas. ¿No debería estar rezando o algo?

Ocho mosquitos. Me ruge el estómago. Lo contraigo y deja de hacer ruido.

La monja por fin empieza a dar cabezadas. Espero a que su respiración se vuelva regular y entonces me deslizo despacio por el muro que rodea la escuela.

Un perro guardián aparece de la oscuridad y corre hacia mí.

Levanto las manos. *Dirty* me salta encima y me llena de babas.

—Chist —le digo para que deje de gemir.

No para de mover la cola y me da en las piernas mientras camino hacia el baño que hay al final de los dormitorios.

—¿Por qué has tardado tanto? —me pregunta Kiki, que, al verme llegar, ha abierto la ventana, que ha chirriado.

Pongo mala cara al oír el ruido y miro a mi alrededor, aunque sé que no hay nadie en el patio excepto *Dirty*. El perro se apoya en mi muslo mientras le rasco el suave pelaje entre las orejas. *Dirty* y yo somos viejos amigos.

—Creo que a la hermana Gladys le mola Will Smith —comento.

Mi hermana refunfuña y me pasa un bollo blanco a través de los barrotes de la ventana, cuya función es evitar que ladrones como yo se cuelen. Sabe dulce, a bollo de tienda. Le doy un trozo a *Dirty*, que se lo traga sin masticar, se lame el hocico y gime.

—¿Todo bien? —pregunto entre bocados—. Espero que los pingüinos no te estén tratando demasiado mal.

Niega con la cabeza.

—¿Y tú?

—No hay pingüinos en mi tejado. No pueden volar.

—Ya sabes a qué me refiero, Tina.

—Estoy bien —respondo—. Escucha, te he traído una cosa.

Rebusco en la mochila y saco un paquete de lápices del número dos, todavía envueltos en celofán. Los cuelo entre los barrotes.

—Tina...

—Espera, hay más —continúo antes de que empiece a protestar y saco un cuaderno.

Tiene un dibujo de unos niños felices en la portada y las palabras «¡DÍAS DE COLEGIO!» escritas en letras mayúsculas y oscuras, para darles más énfasis.

Le paso los regalos. Su mirada se posa en los tatuajes que me cubren los brazos.

—Las monjas me dan el material escolar —me dice—. No hacía falta que robaras nada.

—Sí, pero te darán los restos, cosas donadas. No tienes que depender de su caridad, yo puedo conseguirte cosas mejores.

—Pero lo que tú me das también es caridad.

—Es diferente. Somos familia.

No responde.

Dejo los regalos en el alféizar y doy un paso atrás.

—De nada.

—Tina —me suelta de golpe—, no puedes vivir en la calle para siempre.

Cierro la mochila.

—No vivo en la calle. Vivo en un tejado.

Kiki frunce el ceño en un gesto que hace que se parezca a mamá. Cada vez que vengo, veo que se parece más a nuestra madre, cosa que a veces duele, aunque es mejor que se parezca a mamá que a él. La presencia de él se nota sobre todo en su piel más clara y en sus ojos, en sus rizos relajados. Aun así, es evidente que somos hermanas, aunque desearía que no fuera tan obvio que solo somos medio hermanas. Pero jamás la llamaría así. Odio como suena. «Medio hermana.» Como «media persona».

Sin embargo, es imposible esconder que el padre de Kiki, a diferencia del mío, es blanco. Una vez se le escapó que las otras chicas la llaman «mitad», de «mitad negra y mitad blanca». Le pedí que me dijera los nombres de las chicas que la habían llamado eso, pero ella me contestó: «No lo dicen con mala intención, Tina. No me molesta. Además, no puedes pegar a unas niñas porque sí». Pero a veces me doy cuenta de que me mira la piel, de que la compara con la suya, y noto que se pregunta qué se debe de sentir al encajar, al no ser la huérfana «mitad».

Kiki aprieta los barrotes que nos separan, como si pudiera apartarlos. No ha terminado todavía.

—Podrías quedarte aquí conmigo. Ya sabes que existe esa posibilidad. La hermana Eunice te dejaría quedarte, no eres demasiado mayor. Ha dejado que se quede otra chica de dieciséis años. Aquí hay un montón de libros y un piano y...

—Chist. —Me llevo un dedo a los labios—. No hables tan alto.

Por encima del hombro mira la oscuridad del cuarto de baño. Oigo a una de las chicas toser desde algún lugar del dormitorio.

—En serio, Tina —me susurra—. Podrían darte una beca, como a mí.

—Venga ya, Kiki. Sabes que eso no es posible, dan solo una beca por familia.

—Pero...

—Basta —la corto demasiado bruscamente, y deja caer los hombros—. Oye —le digo, y paso una mano entre los barrotes para recolocarle los rizos que se le han soltado de las trenzas—, gracias por la cena. Tengo que irme. He quedado con Boyboy.

—Tina, no te vayas todavía —me dice, con la cara pegada a las barras de metal.

—Pórtate bien, ¿vale? Y haz los deberes. No dejes que los pingüinos te pillen fuera de la cama.

—¿Volverás el viernes que viene? —me pregunta.

—Como siempre.

Me aparto con cuidado a *Dirty* de la pierna y me aseguro de que llevo la mochila bien pegada a la espalda. Subir el muro para salir de aquí siempre es más difícil que subirme al árbol para entrar, y no quiero quedarme enganchada en el alambre ni en los trozos de cristal roto que hay clavados en el cemento.

Kiki sigue mirándome. Me obligo a sonreír. Durante un segundo, su expresión permanece inmóvil, pero después se relaja y me devuelve la sonrisa.

Durante medio segundo, existo.

Y, entonces, desaparezco en la oscuridad.

DOS

Regla número dos: no confíes en nadie. O, si no te queda más remedio, hazlo como confiarías en un perro callejero ante un trozo de carne fresca.

Los Goondas, por ejemplo. Solo porque sea una de ellos no significa que confíe en ellos. Bug Eye no es tan malo, y seguramente no seguiría viva de no ser por él. Pero confiar en tipos como Ketchup, su hermano...

Ni hablar. Eso lo aprendí hace mucho tiempo.

Puedes encontrar Goondas en todos los rincones de Sangui City, van recogiendo niños refugiados como los perros atraen a las pulgas. Mi vida sería más fácil si viviera en el almacén con ellos, pero entonces seguro que en algún momento alguien se acurrucaría a mi lado y sin darme cuenta acabaría como Sheika, en la calle con sus niños pequeños, mendigando dinero. La mayoría de las chicas no duran mucho con los Goondas.

Pero yo no soy la mayoría de las chicas.

Avanzo rápido por los callejones oscuros, conozco tan bien el camino desde la escuela de Kiki hasta el almacén de los Goondas que apenas tengo que abrir los ojos. Pero los abro. Una chi-

ca sola en la calle por la noche es una presa. Normalmente, intento no destacar demasiado, suelo esconder la cara bajo la capucha de la sudadera y visto ropa holgada a propósito. Siempre llevo el pelo corto. Ser flacucha y con el pecho plano ayuda.

Rodeo zonas de barro, cemento y basura que se pudre en charcos grises. El brillo rosa del cielo sobre las luces de la ciudad ilumina mi camino lo suficiente. Cuando llego a Biashara Avenue, los vendedores ambulantes ya han vuelto a casa tras el día de trabajo. En la calle solo quedan las criaturas nocturnas: borrachos y prostitutas inquietas, bañados por las luces de neón de los bares. Las mujeres de la noche me miran con cara sospechosa desde el otro lado de la calle. Las ignoro y acelero la marcha hasta que llego al puente que separa la parte vieja de Sangui, donde está la escuela de Kiki, de la zona industrial, territorio de los Goondas. Las luces de los almacenes y las fábricas brillan sobre el río como si algo mágico separara lo antiguo de lo nuevo.

Una vez vi un cadáver flotando al cruzar el puente. Era por la noche y nadie más se dio cuenta. Supongo que siguió flotando hasta que algún cocodrilo se interesó por él, o tal vez llegó hasta los manglares y lo poco que quedaba de él siguió hasta llegar al océano. Pero esta noche no hay cadáveres, solo un puñado de *dhows* de madera anclados en la corriente, con los pescadores dormidos a bordo.

Llego al otro lado casi corriendo. La zona industrial está en silencio, no hay bares en esta zona. Solo escucho alguna alarma lejana y los gruñidos de unos perros peleándose por la basura. Ni siquiera levantan la vista cuando paso a su lado. No necesito mirar el móvil para saber que llego tarde. Maldigo a la hermana Gladys y sus programas de televisión. No debería haber ido a ver a Kiki. No tenía tiempo. Pero, si no hubiera aparecido como siempre hago los viernes por la noche, se habría preocupado.

Además, no quería hacer lo que estoy a punto de hacer sin verla antes.

Cuando por fin llego a la puerta del almacén, oxidada por el agua salada, estoy jadeando y tengo hambre de nuevo. Llamo tres veces. Pausa. Dos veces más. Pausa. Una vez.

Se abre una mirilla que deja ver un ojo malvado.

—Soy Tiny Girl —digo.

El guarda me abre la puerta.

Boyboy me espera dentro.

—Llegas tarde —me dice, con los brazos delgados cruzados sobre el pecho y cara de malas pulgas.

Me fijo en su camisa transparente de color rosa intenso y en el rímel.

—Tenías que vestirte de negro —le recuerdo, como si los Goondas no se metieran ya con él lo suficiente—. Vamos.

Me sigue por el pasillo hasta la oficina de Bug Eye. No los veo, pero oigo a los Goondas al otro lado de la pared. Están pasando el rato tirados en el suelo, colocándose, viendo un partido de fútbol, a la espera de que los envíen a hacer algún trabajo. Otros estarán entrenando en el gimnasio, golpeando ruedas viejas y levantando bloques de cemento, aunque no apostaría por ello.

Otro guarda se aparta con desgana para dejarnos entrar en la oficina de Bug Eye. Cuando abro la puerta, este y Ketchup están inclinados sobre la mesa, estudiando mapas y planos, arremangados por el calor. Los tatuajes de sus brazos se mueven al golpear el papel mientras discuten por algo. Están repasando el plan una última vez, me parece estupendo. A Bug Eye le tocó todo el cerebro de la familia, mientras que su hermano, Ketchup, es más tonto que una piedra. No es la primera vez que cometemos un allanamiento, pero sí uno de tan alto riesgo. No me hace gracia que Ketchup participe en este trabajo, se distrae cada dos por tres haciendo chistes tontos sobre la homosexualidad de Boyboy. Además, no me gusta nada el tipo, no me gusta que sea él quien me cubra las espaldas. Pero no puedes ir a Bug Eye a quejarte de esa clase de cosas. Su hermano pequeño va adonde va él.

Si no lo supieras, nunca te imaginarías que estos dos Goon-

das están emparentados. Bug Eye es mayor, tiene unos veinticinco. Es grande y musculado, de expresión seria y con unos ojos capaces de atravesarte el alma mentirosa y sucia. La gente dice que se parece a Jay-Z. Ketchup, por su parte, es delgaducho y aparenta mucho menos de dieciocho años. Tiene la cara estrecha y se ríe como una hiena. La gente dice que se parece a una comadreja muerta de hambre.

A sus pies descansan dos bolsas de lona cargadas con el material necesario: portátiles, sudaderas oscuras, cables, cinta adhesiva, patatas fritas y bebidas energéticas. Todo lo esencial.

Avanzo un paso para mirar por encima de sus hombros.

—Llegamos aquí —comenta Bug Eye.

Da un golpecito en el plano y clava los ojos en mí con su característica mirada inquietante. Asiento y gira el papel.

—Y después, ¿qué, Ketchup? —añade.

—Tío, lo hemos repetido un millón de veces. Dejamos a Tiny Girl, damos la vuelta a la manzana e intentamos aparcar aquí.

Clava un dedo en el papel.

—¿Y qué hacemos mientras esperamos?

Ketchup suelta una risita y hace un gesto obsceno con la mano. Me mira para ver si me sonrojo. No lo hago.

Bug Eye le arrea un guantazo en la parte posterior de la cabeza.

—*Weh*, a ver si maduras un poco —le dice sin levantar la vista de los planos.

Ketchup se frota el cogote y pone cara de enfado, pero no se queja. Incluso él sabe que enfrentarse a Bug Eye no es buena idea.

—Vale, Boyboy estará conmigo en la furgoneta haciendo su rollo con el ordenador —continua Bug Eye.

Boyboy sigue con los brazos cruzados sobre el pecho, a una distancia respetuosa. No dice nada. No es un Goonda.

—Y tú te encargas de la vigilancia —le dice Bug Eye a su hermano.

—¿Y qué harás tú, listo? —responde Ketchup.

—Estar a cargo de ti —contesta con delicadeza—. Informar a Omoko. Y ya solo nos falta Tiny Girl. ¿Sabes adónde tienes que ir?

Los tres me observan.

Levanto la barbilla.

—Sí.

Bug Eye vuelve a mirar los planos con un gesto seco. Es una pregunta, así que me acerco. Estiro el brazo entre los hombros de Ketchup y Bug Eye, y coloco el dedo justo en la calle de la mansión. Lo deslizo más allá de la valla exterior electrificada, por encima de las paredes de cuarenta y cinco centímetros de grosor, más allá de escáneres láser, a lo largo de pasillos enmoquetados y entre pequeñas notas: «guardas», «cámara», «perros». Lo detengo en el mismísimo corazón del edificio.

—Aquí.